

La Pluma

AÑO II.

MADRID, JUNIO 1921

NÚM. 13.

LOS CVERNOS DE DON FRIOLERA

ESPERPENTO  SV AVTOR
DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

ESCENA QUINTA

LA ALCOBA DEL BARBERO. Pegada a la pared, la cama angosta y hopada, con una colcha vistosa de pájaros y ramajes, un paraíso portugués. Tras de la puerta, la capa y la gorra colgadas con la guitarra, fingen un bulto viviente. Por el ventano abierto penetra con el claro de luna, el ventalle silencioso y nocturno de un huerto de luceros. Y la brisa y la luna parecen conducir un diálogo entre el vestiglo de la puerta, y el pelele que abre los brazos sobre la copa negra de una higuera, en la redoma azul del huerto. Entra el galán con la raptada, encendida, pomposa y con suspiros de saponcio.



LA PLUMA

DOÑA LORETA

¡Demonio tentador!, ¿a donde me conduces?

PACHEQUÍN

¡A tu casa, prenda!

DOÑA LORETA

¡Buscas la perdición de los dos! ¡Tú eres un falso! ¡Déjame volver honrada al lado de mi esposo! ¡Demonio tentador, no te interpongas!

PACHEQUÍN

¿Ya no soy nada para ti, mujer fatal? ¿Ya no dicto ninguna palabra a tu corazón? ¡Juntos hemos arrostrado la sentencia de ese hombre bárbaro, que no te merece!

DOÑA LORETA

Yo le elegí libremente.

PACHEQUÍN

¡Estabas ofuscada!

DOÑA LORETA

¿Y ahora no es ofuscación dejar mi casa, dejar un ser nacido de mis entrañas? ¡Considera que soy esposa y madre!

PACHEQUÍN

¡Todo lo considero...! Y también que tu vida peligra al lado de ese hombre celoso!

DOÑA LORETA

¡No me ciegues y ábreme la puerta!

PACHEQUÍN

¡Olvidas que una misma bala pudo matarnos!

DOÑA LORETA

¡No me ciegues! ¡Ten un buen proceder, y ábreme la puerta!

LA PLUMA

PACHEQUÍN

¿Olvidas que nuestra sangre estuvo a pique de correr emparejada?

DOÑA LORETA

¡No me ciegues!

PACHEQUÍN

¿Olvidas que ese hombre bárbaro, a los dos nos tuvo encañonados con su pistola? ¿Qué mayor lazo para enlazar corazones?

DOÑA LORETA

¡No pretendo romperlo! ¡Pero déjame volver al lado de mi hija, que estoy en el mundo para mirar por ella!

PACHEQUÍN

¿Y para nada más?

DOÑA LORETA

¡Y para quererte, demonio tentador!

PACHEQUÍN

¿Por qué entonces huyes de mi lado?

DOÑA LORETA

¡Porque me das miedo!

PACHEQUÍN

¡No paso a creerlo! ¡Tú buscas verme desesperado!

DOÑA LORETA

¡Calla, traidor!

PACHEQUÍN

Si me amases, estarías recogida en mis brazos, como una paloma.

DOÑA LORETA

¿Por qué así me hablas, cuando sabes que soy tuya?

PACHEQUÍN

¡Aun no lo has sido!

LA PLUMA

DOÑA LORETA

Lo seré y te cansarás de tenerme, pero ahora no me pidas cosa ninguna.

PACHEQUÍN

Me pondré de rodillas.

DOÑA LORETA

¡Pachequín, respétame! ¡Yo soy una romántica!

PACHEQUÍN

En ese achaque, no me superas. Cuando te contemplo, amor mío, me entra como éxtasis.

DOÑA LORETA

¡Qué noche de luceros!

PACHEQUÍN

¡La propia para un idilio!

DOÑA LORETA

¡Dame una prueba de amor puro!

PACHEQUÍN

¡La que me pidas!

DOÑA LORETA

Ten un noble proceder, y ábreme la puerta.

PACHEQUÍN

¡Franca la tienes!

DOÑA LORETA

¡Adiós, Juanito!

PACHEQUÍN

¡Adiós, Loreta!

DOÑA LORETA

¿No quiere usted mirarme?

PACHEQUÍN

¡No puedo!

DOÑA LORETA

¡Es de rosas y espinas nuestra cadena!

PACHEQUÍN

¡Tú la rompes!

DOÑA LORETA

¡No me ciegues!

PACHEQUÍN

¿A dónde vas?

DOÑA LORETA

¡Soy esposa y madre!

PACHEQUÍN

Temo que te asesine ese hombre.

DOÑA LORETA

Siempre la inocencia resplandece.

PACHEQUÍN

Pudiera no querer darte acogida: En tal caso, prométeme ser mía.

DOÑA LORETA

¡Tuya, hasta la muerte!

PACHEQUÍN

Te acompañaré para prevenir un arrebató de ese hombre demente.

DOÑA LORETA

¡No espongas la vida por mí!...

PACHEQUÍN

Es deber que tengo.

PACHEQUÍN, MUY FAQUE, se pone la gorra en la oreja y empuña el estoque. La tarasca sale delante con el pañuelo en los ojos. Sobre la copa negra de la higuera, se espatarra el pelele en un círculo de luceros.

ESCENA SEXTA

LA SOMBRA DE DON FRIOLERA, pasa gesticulante sobre los muros de la sala dominguera. El quinqué de porcelana azul tiene un temblor enclenque.

DON FRIOLERA

¡Pin! ¡Pan! ¡Pun!... ¡No me tiembla a mí la mano! Hecha justicia me presento a mi Coronel: —¡Mi Coronel, cómo se lava la honra?— Y sé su respuesta. ¡Pin! ¡Pan! ¡Pun! ¡Listos! En el honor no puede haber nubes. Me presento voluntario a cumplir condena. ¡Mi Coronel, soy otro Teniente Capriles! Eran culpables, no soy un asesino. ¡Mi Coronel, no soy un asesino! Si me corresponde pena de ser fusilado, pido gracia para mandar el fuego: ¡Muchachos, firmes y a la cabeza! ¡Adiós, mis queridos compañeros! Tenéis esposas honradas, y debéis estimarlas: ¡No consintáis nunca el adulterio en el Cuerpo de Carabineros! ¡Friolera! ¡Eran culpables! ¡Pagaron con su sangre! ¡No soy un asesino!

RECHINA LA PUERTA, y en el umbral aparece Doña Loreta. Tras ella, en la sombra del pasillo, se apunta la figura del barbero con el kepis sobre una ceja, y la capa acandilada por el estoque. Doña Loreta cae de rodillas juntando las manos.

DOÑA LORETA

¡Pascual!

DON FRIOLERA

¿Conoces tu sentencia?

DOÑA LORETA

Pascualín, si me repudias de esposa, que sea de una manera decente, y sin escándalo.

DON FRIOLERA

En España, la mujer que falta, tiene pena de la vida.

LA PLUMA

DOÑA LORETA

Pascual, nunca tu esposa dejó de guardarte la debida fidelidad.

DON FRIOLERA

¡Pruebas! ¡Pruebas!

DOÑA LORETA

¡También yo las pido, Pascual!

DON FRIOLERA

¡Loreta, es preciso que resplandezca tu inocencia!

DOÑA LORETA

Como el propio sol resplandece. ¿Quién me acusa? ¡Un hombre bárbaro! ¡Un celoso demente! ¡Un turco sanguinario! ¡Mátame, pero no me calumnies!

DON FRIOLERA

¿De dónde vienes? ¿Y ese hombre por qué te acompaña?

PACHEQUÍN

Para testificar que tiene usted una perla por esposa. ¡Una heroína!

DON FRIOLERA

¡Pruebas! ¡Pruebas!

PACHEQUÍN

¿No le satisface a usted el hecho de que un servidor se constituya en su domicilio, para hacerle entrega de su señora?

DOÑA LORETA

¿Qué respondes?

PACHEQUÍN

Déjele usted que lo medite, Doña Loreta.

DOÑA LORETA

Ten un impulso generoso, Pascualín.

LA PLUMA

PACHEQUÍN

Comprenda usted, mi Teniente, la razón de las cosas.

DON FRIOLERA

Pachequín, sal de esta casa. No puedo soportar tu presencia. Te concedo un plazo de cinco minutos.

PACHEQUÍN

¡Mi Teniente, es usted un dramático sempiterno!

DON FRIOLERA

Pachequín, dudo si eres un cínico, o el primer caballero de España.

PACHEQUÍN

Soy un romántico, mi Teniente.

DON FRIOLERA*

Yo también, y te propongo un duelo a dos pasos en el cementerio.

DOÑA LORETA

¿Vuelves a tus dudas, Pascual?

DON FRIOLERA

Llámales garfios infernales.

PACHEQUÍN

Yo me retiro.

DON FRIOLERA

¡El demonio te lleve!

DOÑA LORETA

¡Qué proceder el de ese amigo, Pascual!

DON FRIOLERA

¡No me subleves!

LA PLUMA

DOÑA LORETA
¡Rencoroso!

DON FRIOLERA
¡Es inaudito!

DOÑA LORETA
¡Palabrotas, no, Pascual! ¡Eres un soldadote y no me respetas!

DON FRIOLERA
Me avistaré con ese hombre y le propondré un arreglo a tiros. Es la solución más honrosa.

DOÑA LORETA
¡Y si te mata!

DON FRIOLERA
Te quedas viuda y libre.

DOÑA LORETA
Pascual, esas palabras son puñales que me traspasan. Pascual, yo jamás consentiré que expongas tu vida por una demencia.

DON FRIOLERA
No sé cómo podrás impedirlo.

DOÑA LORETA
¡Me tomaré una pastilla de sublimado!

DON FRIOLERA
El sublimado de las boticas, no mata.

DOÑA LORETA
¡Una caja de cerillas!

DON FRIOLERA
Serán inútiles todos tus histerismos.

DOÑA LORETA
¡Sigues de mala data para mí, Pascual?

LA PLUMA

¡Déjame!

DON FRIOLERA

DOÑA LORETA

¡Pascual, tendremos que divorciarnos si persistes en tus dudas! Estás haciendo de mí, la Esposa Martir.

DON FRIOLERA

¡Quieres la libertad para volar al lado de ese hombre! Nos divorciaremos, pero entrarás en un convento de arrepentidas.

DOÑA LORETA

¡Tirano!

DON FRIOLERA

¡Has destruído mi vida!

DOÑA LORETA

¿Pascual, por qué me haces desgraciada? Recógete, Pascual. Procura conciliar el sueño.

DON FRIOLERA

El sueño huyó de mis párpados.

DOÑA LORETA

¡Pascual, ten juicio!

DON FRIOLERA

¡Mi vida está acabada!

DOÑA LORETA

Pascual, tienes una hija, me tienes a mí...

DON FRIOLERA

¡Loreta, me has hecho dudar de todo!

DOÑA LORETA

Pascual, no seas injusto.

DON FRIOLERA

¡Quisiera serlo!

LA PLUMA

DOÑA LORETA, desgarrado el gesto, temblona y rebotada el anca, flojo el corsé, sueltas las jaretas de las enaguas, sale corretona, y reaparece con una botella de anisete escarchado.

DOÑA LORETA

¡Vaya, esto se acabó! Pascual, vamos a beber una copa juntos: Es el regalo de Curro Cadenas.

DON FRIOLERA

Yo no bebo.

DOÑA LORETA

Bebes, y vas a emborracharte conmigo.

DON FRIOLERA

¡Contigo, jamás! ¡Te aborrezco!

DOÑA LORETA

Pues te emborrachas solo.

DON FRIOLERA

¿Para olvidar?

DOÑA LORETA

Naturaca. ¡Bebe!

DON FRIOLERA

¡No bebo!

DOÑA LORETA

¡Te lo vierto por la cabeza!

DON FRIOLERA

¡Espera!

EL TENIENTE RECIBE la copa con mano temblona, y al apurarla, derrama un hilo de la mosca a la nuez.

LA PLUMA

DOÑA LORETA
¡Otra!

DON FRIOLERA
¿Intentas embriagarme?

DOÑA LORETA
¡Otra, digo!

DON FRIOLERA
¿Si con esto olvidase!

DOÑA LORETA
A lo menos te dormirás y descansaremos.

DON FRIOLERA
No me dormiré. ¡No puedo!

DOÑA LORETA
¡Bebel!

DON FRIOLERA
¿Cuántas van?

DOÑA LORETA
¡No lo sé, bebe!

DON FRIOLERA
¿Quién está oculto en aquella puerta?

DOÑA LORETA
¡El gato!

DON FRIOLERA
¿Cuántas van?

DOÑA LORETA
¡Bebel!

DON FRIOLERA
Enciende una cerilla, Loreta. ¿Quién está oculto en aquella puerta? ¡No te escondas, miserable!

DOÑA LORETA
¡Bebel!

LA PLUMA

DON FRIOLERA

¡Es Pachequín! ¡Loreta, pon una sartén a la lumbre! ¡Vas a freirme los hígados de ese pendejo!

DOÑA LORETA

¡No me asustes, Pascual!

DON FRIOLERA

¡Y no tendrás más remedio que probar una tajada!

DOÑA LORETA

¡Ya la cogiste!

DON FRIOLERA

¡Ese Pachequín es un busca pendencies! ¿A qué fué ponerse tan gallo? ¿Duermes, Loreta?

DOÑA LORETA

Duermo.

DON FRIOLERA

Tú, con tu actitud, le diste alas. Responde Loreta.

DOÑA LORETA

Me he quedado sorda de un aire.

DON FRIOLERA

¡Impúdica!

DOÑA LORETA

¡Mierda!

DOÑA LORETA TOMA el quinqué, y dejando la sala a oscuras, se mete por la puerta de escape pintada de azul, recogidas sobre una cadera las sueltas enaguas.

DON FRIOLERA

Si tú ocupas la cama matrimonial, yo dormiré en la esterilla.

LA PLUMA

DOÑA LORETA

¡Duerme debajo de la escalera, como San Alejo!

DON FRIOLERA

¡Loretita! Donde hay amor hay celos. No te enojas, pichona, con tu pichón. ¿Duermes, Loretita?

ESCENA SÉPTIMA

EL BILLAR DE DOÑA CALIXTA. Sala baja con pinturas absurdas, de un sentimiento popular y dramático:—Contrabandistas de tabuco y manta jerezana; manolas de bolero y calañés, con ojos asesinos; picadores y toros, alaridos del rojo y el amarillo.—Curro Cadenas, toma café en la mesa más cercana al mostrador, y conversa con la dueña, que sobre un fondo de botillería, destaca su busto propincuo, de cuarentona.

DOÑA CALIXTA

¿Currillo, ha oído usted esa voz de que expulsan de la milicia a Don Friolera?

CURRO

Usted estará mejor enterada, Doña Calixta.

DOÑA CALIXTA

Pues no lo estoy.

CURRO

Como tiene usted de huésped al teniente Rovirosa.

DOÑA CALIXTA

Ese señor, para guardar un secreto, es la rúbrica de un escribano.

CURRO

¿No están reunidos los tres tenientes, en el piso de arriba?

LA PLUMA

DOÑA CALIXTA

Con dos barajas.

CURRO

De ahí saldrá la bomba.

DOÑA CALIXTA

Sentiré la desgracia de Don Friolera. ¡Era un sujeto muy decente!

CURRO

Había dado un cambiazo.

DOÑA CALIXTA

Otro vendrá que le haga bueno.

CURRO

En general, la clase de oficiales es decente. El mal está en los altos espacios. ¡Allí no entienden si no es por miles de pesetas! ¡La parranda de los guarismos es aquello!

DOÑA CALIXTA

¡Si usted no pisa por esos suelos alfombrados!

CURRO

¡Qué sabe usted los palacios donde yo entro! Un servidor ha dejado por las alturas más pápiros que tiene el Banco de España.

DOÑA CALIXTA

Currillo, es usted un telescopio contando.

CURRO

Tómelo a guasa.

DOÑA CALIXTA

Cállese un momento. ¡Arriba hablan recio!

CURRO

Me parece que disputan por una jugada.

LA PLUMA

EL TENIENTE DON FRIOLERA, escoltado de un perrillo con borla en la punta del rabo, entra en la sala de los billares. Zancudo, amarillento y flaco, se llega al mostrador, bordeando las grandes mesas verdes, y saluda,alzada la mano a la visera del ros.

DON FRIOLERA

Doña Calixta, una copa de aguardiente, que no voy a pagar.

DOÑA CALIXTA

Tiene usted crédito.

DON FRIOLERA

Salí de casa sin tabaco y sin numerario. Tuvimos una nube en el matrimonio, y no he querido pedirle a mi señora la llave de la gabeta.

CURRO

Doña Calixta, si aquí me autoriza, esa copa la paga un servidor.

DON FRIOLERA

Currillo, esta prefiero debérsela a Doña Calixta.

CURRO

Lo cual quiere decir, que tomará usted otra.

DON FRIOLERA

¡Bueno!

Con gesto confidencial, se aparta al fondo de una ventana, y hace señas al otro para que le siga. Curro Cadenas, toma una expresión de sorna.

DON FRIOLERA

¡Mira, hijo, bebo para sacarme un clavo del pensamiento!

CURRO

¡Ni una palabra más!

DON FRIOLERA

¿Tú me comprendes?

CURRO

¡Totalmente!

DON FRIOLERA

¡Tengo el corazón lacerado! ¡Mi mujer me ha salido rana!

CURRO

¡Siento la ocurrencia!

DON FRIOLERA

¿Ya lo sabías, verdad?

CURRO

Andaba ese run-run. Fúmese usted ese tabaco, mi teniente.

DON FRIOLERA

Estoy en ayunas, y puede marearme. ¡Engañado por el amigo y por la depositaria de mi honor!

CURRO

La vida está llena de esos casos.

DON FRIOLERA

¿Para qué nacemos?

CURRO

Para rabiarse. Somos las consecuencias de los buenos ratos habidos entre nuestros padres. ¿No se fuma usted el veguero?

DON FRIOLERA

Dame una cerilla. ¡Gracias! Mira cómo me tiembla la mano.

CURRO

Eso son nervios.

CURRO

DON FRIOLERA

¡Es el fruto del puñal que llevo en el corazón!

CURRO

Mi teniente, ande usted con pupila, que los señores oficiales están reunidos en el piso alto.

DON FRIOLERA

Desprecio el vil metal, hijo mío. ¡Ya sabes que nuuca he sido interesado! Déjalos a ellos que prevariquen, sin acordarse de este veterano.

CURRO

A lo que se miente, no va por ahí el motivo de esa reunión.

DON FRIOLERA

¡A mí, plin! Tengo el corazón lacerado.

CURRO

De esa reunión, pudiera salir para usted una novedad, nada buena. Mi teniente, se corre que le forman a usted Tribunal.

DON FRIOLERA

¡Friolera! ¿Que me forman Tribunal? ¿Y por qué?

CURRO

Parece que por sus pleitos familiares.

DON FRIOLERA

En ellos, solamente yo soy juez.

CURRO

Así debía ser. Una pregunta, mi teniente.

DON FRIOLERA

Venga.

CURRO

De tener que solicitar el retiro, ¿cambiaría usted de residencia?

DON FRIOLERA

No lo he pensado.

CURRO

Le debo a usted una explicación, Don Pascual. La casa que usted habita, a mi señora le hace tilín. ¡Es una jaula muy alegre!

DON FRIOLERA

¡Maldita sea!

DON FRIOLERA APURA LA COPA servida en el mostrador, se encasquetá el ros y con las manos metidas en los bolsillos del capote, sale a la calle, silbando al perrillo que le sigue, moviendo la borla del rabo.

DOÑA CALIXTA

Parece mochales.

CURRO

Completamente.

DOÑA CALIXTA

Siento su desgracia. Era un apreciable sujeto.

CURRO

Un viva la Virgen.

DOÑA CALIXTA

Doña Loreta merecía ser emplumada.

CURRO CADENAS SE ACERCA al mostrador y pomposo deja caer un machacante haciéndolo saltar. Espera la vuelta dando lumbre a un habano, y bajo el reflejo de la cerilla, su cara es luna llena. Recibido el dinero, se lo guarda con un guiño.

LA PLUMA

CURRO

Doña Calixta, tengo en cierto lugar una pacotilla de género inglés, y cornea sobre esa querencia un toro marrajo. Doña Calixta, usted podría muletarlo.

DOÑA CALIXTA

No me penetro.

CURRO

En cuanto le apunte el nombre, está usted más que penetrada.

DOÑA CALIXTA

Acaso.

CURRO

Yo sabría corresponder...

DOÑA CALIXTA

Puede.

CURRO

No se ponga usted enigmática, Doña Calixta.

DOÑA CALIXTA

¡Currillo, usted anda en muy malos pasos!

CURRO

Hay que ganarse la vida, y todos nos debemos ayuda mutua, Doña Calixta. Nosotros, los que con sudores y trabajos hemos sabido juntar unas pesetas, habíamos de sindicarnos como hace el proletariado.

DOÑA CALIXTA

¡Currillo, el buey suelto, bien se lame!

CURRO

Doña Calixta, hoy todo está cambiado, y hasta son mentira los refranes. Vea usted cómo el obrero se conchaba para subir los jornales. ¡Qué vá! Hasta el propio Gobierno se conchaba para sacarnos los cuartos en contribuciones y aduanas.

LA PLUMA

DOÑA CALIXTA

Esas no son novedades.

CURRO

¿Doña Calixta, quiere usted que hablemos sin macaneos?

DOÑA CALIXTA

Yo bailo al son que me tocan.

CURRO

Pues oído al repique: Hay a la vista un negocio, si usted camela al teniente Rovirosa.

DOÑA CALIXTA

Apenas llevamos trato. Buenos días. Buenas noches. Él, arriba o en sus guardias. Yo aquí. La cuenta a fin de mes.

CURRO

Otra cosa me habían contado.

DOÑA CALIXTA

Hay lenguas muy embusteras.

CURRO

No ha sido en desdoro, Doña Calixta.

DOÑA CALIXTA

¿Qué le habían contado?

CURRO

Que el teniente es hombre de gusto.

DOÑA CALIXTA

¡Y que me deshace la cama!

CURRO

No señora. Que usted le da achares.

LA PLUMA

DOÑA CALIXTA

Menos mal.

CURRO

Y lo he creído, porque usted es muy inhumana.

DOÑA CALIXTA

¿Me querría usted otra Doña Loreta?

CURRO

Nunca sería el mismo caso. Usted es libre, Doña Calixta.

DOÑA CALIXTA

Nunca se es libre para pecar.

CURRO

Hacer hijos no es pecado.

DOÑA CALIXTA

¿Y quién los mantiene?

CURRO

El Erario Público.

DOÑA CALIXTA

Eso será en las Repúblicas.

CURRO

Y por las señales, no tardará en España.

DOÑA CALIXTA

Aquí no estamos por esas modas de extranjis.

CURRO

Por de pronto, ya le han dado mulé a Dato.

DOÑA CALIXTA

Unos asesinos.

CURRO

Conforme. Mis ideas, también son antirrevolucionarias. El que tiene un negocio, y cuatro patacones, no puede ser un ácrata. Pero se guipa alguna cosa, y comprendo que el orden social, se tambalea. Doña Calixta, los negocios están muy malos. Ahora hablan de suprimir las aduanas, y a nosotros es matarnos: Si todos los artículos entran libremente, se acabó el contrabando. ¿Qué hace usted? Poner una bomba.

DOÑA CALIXTA

¡Yo no!

CURRO

Porque usted ya se apaña retirada del matuteo.

DOÑA CALIXTA

¡A Dios gracias!

CURRO

Acuérdese usted de cuando andaba en estos trotes, y saque un ánima del Purgatorio.

DOÑA CALIXTA

Le rezaré un rosario.

CURRO

¿Quiere usted cegar a su alojado con dos Veraguas?

DOÑA CALIXTA

¿Dos Veraguas son cuarenta machacantes?

CURRO

Esa es la veri.

DOÑA CALIXTA

¡Me los tira a la cara! ¡Ni que fuera un pelanas! Llegue usted a la corrida completa.

CURRO

No da el negocio para tanto.

DOÑA CALIXTA

¡Miau!

LA PLUMA

REAPARECE DON FRIOLERA, el aire distraído, los ojos tristes, gesto y visages de maniático: Entra furtivo, y se sienta en un rincón. El perrillo salta sobre el mugriento terciopelo del diván y se acomoda a su lado. Acude Barallocas, el mozo del cafetín.

BARALLOCAS

¿Desea usted algo?

DON FRIOLERA

¡Un veneno!

BARALLOCAS, CON GESTO CONCILIADOR pone sobre la mesa un servicio de café, y con la punta de la servilleta, ahuyenta al perrillo, del regalo del diván. Se pega en el labio la colilla que lleva en la oreja, enciende, humea, y ocupa el puesto del perrillo, al lado de Don Friolera.

BARALLOCAS

¡Hay que ser filósofo!

DON FRIOLERA

¡Pues yo no lo soy!

BARALLOCAS

¡Mal hecho! En España vivimos muy atrasados. No se inculca la filosofía en los matrimonios, como se hace en otros países.

DON FRIOLERA

¿Te refieres a la ley del divorcio?

BARALLOCAS

¡Ya nos hemos entendido!

BARALLOCAS GUIÑA UN OJO, y se levanta para acudir a la mesa donde acaban de sentarse, El Niño del Melonar, Curro Cadenas, y Nelo el Peneque. El perrillo recobra de un salto su puesto en el diván, y sacude el terciopelo con la borla del rabo.

(Se continuará)



PERROS DE LOS CAMINOS

*Perros de los caminos,
hoy viene al campo vuestro amigo a veros.*

*El alma mía tiembla como un niño,
pero tiembla de amor y no de miedo.*

*¡Amigos míos, puros,
amigos verdaderos!
Si yo tuviera el corazón más sano
lo pusiera a cantar en el sendero,
perros de los caminos de los campos
que saludáis, ladrando, a los viajeros.
¡Viajeros de la tarde y de la noche,
peregrinos del sol y del misterio!*

*Perros de los caminos,
hoy vino al campo vuestro amigo a veros.*

*Vuestros ladridos esta tarde tienen
un ritmo de canción para mi ensueño.*

MENDIGO

*Mendigo que me sales al camino
y me alargas la mano
para que yo confirme tu pobreza,
¡Dios te dé mejor suerte cada día!
Yo tengo juventud; yo tengo sueños
de oro. El mar es mi camino. Amo
las rosas frescas y las noches claras.
El alma mía es fuente de ternuras,
mi corazón maestro de bondades...
¿Es algo de esto lo que tú me pides?
¡Por que no tengo cobre, no lo tuve
ni lo tendré jamás!*

*¡Mendigo anciano,
tu mano prolongada hacia mí, es una
ironía formal! ¡Somos iguales!
Tú tienes plata en la cabeza, fuera;
yo tengo oro en la cabeza, dentro.
¡Solo nos falta el cobre! ¿Te sonríes?*

FERNANDO GONZALEZ

Isla de Gran Canaria.





CARTAS DE JORGE ISAACS A JUSTO SIERRA

Madrid, 22 de mayo de 1921.

Sr. D. Cipriano Rivas Cherif.

LA PLUMA.

Mi querido amigo:—Pocas figuras más representativas en la literatura americana que el autor de *María*. Jorge Isaacs toma la pluma... y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar.

El romántico caballero judío, hijo de un judío inglés establecido en Cauca, está hecho—afortunadamente—para despistar cierta tendencia a sustituir la crítica literaria con artimañas sociológicas. Tendencia según la cual este creador de la novela criolla, puesto que hay lágrimas en él, debiera ser indio por los cuatro costados.

Caudillo liberal, escritor doliente, hombre de aventura y de ensueño, vive peligrosamente y muere en la pobreza—como muere la gente honrada—buscando unas utópicas minas en unas tierras inexploradas y salvajes, con la ambición de dejar cierto bienestar a los suyos. Los editores lo han robado; sus enemigos políticos lo persiguen. Pero él tiene fe en la bondad humana, porque le rebosa el corazón.

En nuestras combatidas tierras de generales y poetas ¡gozan y sufren tanto los hombres! A veces me pregunto si los europeos entenderán nunca el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos, en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo. «Poetas y generales», decía Rubén Darío. Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fué, por ejemplo, para nuestros padres,

LA PLUMA

la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla.

Jorge Isaacs se dirige un día a Justo Sierra, el gran mejicano de los tiempos de Porfirio Díaz. Le pide auxilio, siente que puede abrirse con él. Justo Sierra fué toda su vida un consejero y un maestro. Protegió a los poetas y educó a tres generaciones. Gran prosista, historiador elocuente, hombre de ademán apostólico, pero contenido en la medida académica, escribió sobre nuestra historia páginas tan sinceras y valientes, que todavía nos asombran. Como nos asombra que se hayan podido escribir—sin escándalo ni falsas actitudes heroicas, sino llenas de serenidad e inteligencia—en aquella época de *pax augusta*, cuyo secreto parece haber sido no poner nunca el dedo en la llaga. Justo Sierra ponía el dedo en la llaga y, como en el consejo de Kipling, siendo muy bueno y muy sabio, ni hacía aspavientos de muy bueno, ni hablaba a lo muy sabio. Junto a la naturaleza ardiente y solitaria de Jorge Isaacs, contrasta la vida del gran mejicano, recortada en el perfil impecable, al gusto de una sociedad elegante y exigente. Justo Sierra es ese hombre prudente de Vauvenargues que no necesita abandonar el bullicio de la Corte para ser bueno y superior, y tal vez por sólo eso lo es más que quien se aísla en la Tebaida egoísta, donde no hay tentaciones ni conflictos de la conducta.

He aquí tres cartas de Jorge Isaacs a Justo Sierra. LA PLUMA las publicará por primera vez. Los críticos colombianos sacarán de ellas algunas noticias curiosas. Yo no puedo leerlas sin conmoverme. Veo—al trasluz—todos los dolores de mi América; y algo muy mío, que no acierto a formular yo mismo, despierta en mí: algo entre recuerdo y amenaza... Tal vez sea el contagio de las lágrimas.

Justo Sierra no pudo hacer Cónsul de Méjico a Jorge Isaacs. ¿Lograría auxiliarlo en algún modo? ¿Cuándo aprenderemos a dar a los hombres lo que es suyo? Pero ya lo entiendo: lo propio de Jorge Isaacs eran las lágrimas.—Mis amigos de Méjico podrán imaginar conmigo—¡ellos que lo conocieron!—cómo habrán resonado en el alma de Justo Sierra las lamentaciones del autor de *María*.

Y usted, amigo Cipriano, perdone estos desahogos sentimentales, que tan pocas veces me consiento, y dé cabida en LA PLUMA a las cartas de Jorge Isaacs.

Muy suyo,

ALFONSO REYES

* * *

«Bogotá, 15 de marzo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.

México.

Mi estimado amigo: Lo saludo afectuosamente, y tengo mucho placer al repetirle que no he olvidado ni olvidaré nunca todo lo que en honra y estímulos debo a su bondad.

Pronto he de escribirle largo, y estas líneas tienen únicamente por objeto recomendarle a mi compatriota el Sr. D. Juan de Dios U. que quizá vaya pronto a ese país.

El Sr. U. afamado escritor en Colombia, talento admirable, es miembro de una familia llena de merecimientos por los servicios que sus ilustres varones han prestado a la República, desde 1810: sangre de buenos, de altivos tribunos y de sabios demócratas corre en sus venas: ama lo que ellos amaron; muy joven todavía, sabe ser lo que estaba obligado a ser.

Se le proscribe y, según me ha dicho su noble y virtuosa madre, él tendrá necesidad de ganarse la vida con su pluma en alguna nación de la América española, siendo casi seguro que prefiera ir a Mévico.

Ruégole a usted, lo mismo que al Sr. D. F. Sosa y demás ilustres mexicanos que a Colombia aman y con su cariño me honran, quizá más de lo que merezco, hagan en favor del Sr. U. lo que harían por un hermano mío. Comuníqueles esta carta, que es también para ellos.

Soy su leal amigo y s. s.,

JORGE ISAACS.»

* * *

«Ibagué (Colombia), 4 de mayo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.

México.

Reciba un abrazo mío. ¡Quién sabe cuándo le pueda dar uno de veras!

Acabé los estudios de la costa felizmente, con mucha fortuna. Las hulleras que descubrí en el Golfo de Urabá (Darién del Norte)

son una riqueza fabulosa. Estoy ya asociado para coronar la empresa, contratar en el extranjero, etc., etc., con la fuerte y bien acreditada casa de los Sres. José Camacho Roldán & Compañía. El socio administrador de la casa irá en junio y julio a los Estados Unidos y a Europa, ocupado en esa labor, y en agosto o septiembre me reuniré en la Costa con el ingeniero docto que el Sindicato constituido al efecto envíe a estudiar las hulleras. Hallarán que son más de lo que—sobrio en mis informes—he dicho.

Es vía recta ya. Sólo se requiere un último esfuerzo, *y ya está*, como dicen los chilenos. Le prometo que tan luego como deje *organizado* aquí, después, el bienestar de mi familia y el trabajo de mis dos hijos mayores, Lisímaco y Jorge, me dirigiré a los Estados Unidos, para de ahí, ya estudiados por algunos meses, pasar a México. Lo demás dará tiempo.

Quizá vuelva medio muerto de mi último viaje a Urabá, etc. Pero ¿cómo no he de tener merecida la felicidad de ver a mi familia completamente dichosa algunos años?

Le recomendé a usted hace dos meses al Sr. D. Juan de Dios U., distinguidísimo escritor de Colombia, que salió desterrado. Sé que usted, el Sr. Sosa (a quien saludo cariñosamente) y sus muchos amigos liberales, harán por U. obra buena. Mil y mil gracias a todos desde ahora.

U., acá para los dos, tiene la desgracia de ser aficionado a beber. Mucho lo aconsejé, y lo aconsejó su virtuosa e inteligente madre, para remediar aquel mal. Por temporadas, deja el maldito vicio, y entonces su cerebro es un foco inagotable de luz, y las tinieblas, los buhos y los vampiros están de pésame. Puede ser que allá, solo, teniendo que hacerse a las consideraciones, cariño y admiración de hombres como usted, U. se domine y se cure para siempre. ¡Cuánto ganaría con ello Colombial! No sé cómo le insinuará o le hará insinuar usted algo en ese sentido. Le ruego lo haga. Pero, ¡verá usted qué manera de escribir, qué fuerza intelectual de muchacho, qué alma tan grande!

Los Sres. Aguilar e Hijos, tipógrafos de esa ciudad, me han escrito la carta que hoy contesto, y me tomo la libertad de incluirle esa contestación, porque conviene la vea usted. Me dijeron (15 de octubre del 87) que le habían entregado a usted una caja con 100

ejemplares de la última edición de *María* que han hecho. Si el número de ejemplares del obsequio hubiera sido siquiera de 250 ó 300 (y habría sido justo), podría presentarse en la prensa mejicana como ejemplo aprovechable en toda la América latina, el procedimiento caballeroso y justo de los Sres. Aguilar. Ruégole remita los libros a Cartagena al Sr. Amaranto Jaspe, muy bien aforrados y recomendados.

Su leal amigo,

ISAACS.»

* * *

«Ibagué (Colombia), 19 de marzo de 1889.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.

México.

Mi bondadoso amigo: Reciba usted un cariñoso abrazo. Meses hace que no le escribo. Desde mayo del 88 he tenido que trabajar duramente en unas minas que están como a seis leguas al Suroeste de este pueblo, en hoscas montañas.

En mi última carta le hablé del envío de 100 ejemplares de *María*, de la última edición hecha en México. Son obsequio bondadoso de los señores Aguilar e Hijos. Ellos me escribieron el 15 de octubre del 87, y en su carta decían que los 100 ejemplares serían puestos en poder de usted. En Bogotá, amigos a quienes hablé de eso, desean que lleguen los libros, y si la edición es tan bonita como me lo aseguró el doctor Mejía, serán esos ejemplares muy estimados.

Es difícil enviar con acierto a Colombia la caja. A Panamá puede usted dirigírsela a alguna casa respetable, para que la remita a Barranquilla. Si puede venir directamente a este puerto de Barranquilla, vendrá bien encomendada a los señores Ferbuson Noguera. Yo les escribiré diciéndoles a quién deben remitir la caja a Honda, puerto del interior, en el río Magdalena. Mucho agradeceré a usted sus cuidados, etc., en el envío de esos libros. Los señores Camacho, Roldán y Tamayo deben recibir en Bogotá los libros. Si el doctor Salvador Camacho Roldán estuvo en la ciudad de México en 1888, como se me asegura, tendría el placer de tratar a usted; si así ha su-

LA PLUMA

cedido, ya tiene usted el medio de enviar los libros a Colombia con seguridad; él se lo habrá dejado en sus indicaciones.

Y a otra cosa.

En todo el mes de abril próximo volveré a la costa atlántica con el fin de visitar, con un ingeniero que ha de venir de Europa, las hulleras que, en el golfo de Urabá o Darién del Norte, descubrí en 1887. Si mi apoderado en Europa y Estados Unidos para agenciar ese negocio, el doctor José Camacho Roldán, hermano de D. Salvador, acierta en sus procedimientos y labor, como lo espero, la Compañía que tome a su cargo la explotación de esas riquísimas hulleras hará cuantiosas, incalculables ganancias. Temo únicamente que se retarde por algún motivo la negociación del doctor Camacho Roldán. Esto contraría en absoluto mis proyectos para lo futuro. En el resultado de mi penosa labor en las costas del Atlántico—que estudié mucho desde 1882, desde Cabo Falso a Punta Espada, en la Guayra, hasta Pisisí, en el Golfo de Darién—tengo fincada la esperanza de aliviado vivir en lo venidero, y la posesión de algún patrimonio para mi familia. A veces me figuro que son inútiles mis esfuerzos para adquirir esa fortuna modesta; que debo resignarme a que no tenga mi familia, mientras exista yo, más de lo puramente indispensable para no caer en horrible miseria. Así luchamos desde 1862. No se espante usted de esa fecha: somos valientes, y habiendo yo tenido ocasión de enriquecerme en altos puestos públicos que ocupé desde 1876, si no hubiese preferido a todo mi honra, mi pobreza es hoy mi orgullo.

Temo también que, gobernando hoy a este país los hombres que usted sabe—conservadores ultramontanos—se estorbe de algún modo, al fin, que yo obtenga resultado definitivo de las arriesgadas labores de que antes hablé. Mucho valen para el país, realmente, aquellos yacimientos de hulla, tan inmediatos a Colón; mucho le valen por su grande riqueza, que el comercio del mundo aprovechará; pero ¿qué quiere usted? No he trabajado en un país que sepa y pueda recompensar tales esfuerzos afortunados: hecha en México, la Argentina o Chile tal obra, hoy sería yo rico. Aquí es diferente; aún no poseo ni una casa humilde para hogar de mi familia, y todavía batallo para vivir en pobreza. Si mi espíritu fuera capaz de miserables fatuidades, ya me habría imaginado que tantos dolores y agonías de

años y años son la gloriosa tortura de que en vano han querido librarse en vida otros infelices, conquistadores de la honra y bienestar que hoy disfrutan sus compatriotas. Pero no: todavía no he podido yo hacer nada que me haga merecedor de los tormentos de aquellas almas excelsas.

Y bien, amigo mío, seamos previsores: necesito serlo para que más tarde no me acuse la conciencia de ceguera y de no haber sido franco al hablarle a usted de cosas íntimas. Eso que en 1886 se escribió en los periódicos de México sobre mi angustiosa situación, era la verdad. Así había sucedido de 1882 a 1884, así desde septiembre de 1885, concluida la campaña desastrosa en que nos comprometieron los mentores del liberalismo en ese año. Yo negué lo que publicaban nobles escritores mexicanos, negué la verdad por honor de mi país. Usted verá, quizá, ese escrito mío, publicado en *El Promotor*, de Barranquilla. ¿Y sabe usted cómo agradecieron mi abnegación mis compatriotas? Un tal Jorge Abello, un quidán, uno de los redactores de aquel periodiquito, hizo burla soez, digna del «boga», porque dizque los redactores de la hojita no habían sabido en qué me ocupaba yo en la costa, ni si me hallaba en México o en Colombia. ¡Verdaderamente, habían creído que yo estaba en Méxicol... ¿Para qué decirle a usted más?

Confiaba yo mucho entonces en el inmediato buen éxito de mis trabajos, y en ellos arriesgaba la vida, dejando las tumbas de mis compañeros en las playas de los desiertos.

Si los resultados de aquella labor se retardan o se frustra mi esfuerzo, tendré que padecer mucho; quedaré endeudado con los gastos que está ocasionando el viaje de D. José Camacho Roldán a Europa y Estados Unidos; será inevitable que mi familia y yo continuemos habitando este lugar, donde ella vive como desterrada desde 1880; tendré que ausentarme de cualquier modo, en busca de trabajo, dejándola en tristeza y casi abandonada, como otras veces. Ya es demasiado para mis fuerzas, amigo mío; y en tal situación tendré, como siempre, la indiferencia «respetuosa» de los payos ricos que hay en este lugarejo—ricos para vivir aquí—y la indiferencia cruel de los hombres que hoy gobiernan a Colombia.

En el Cauca podría establecerme menos difícilmente; pero se ne-

LA PLUMA

cesitaría, para eso, poseer siquiera un pequeño capital. Y en esa comarca, donde nací, tal vez no me dejarían vivir, por temores y celo del partido conservador; allí soy amado de los mozos liberales que han combatido a mis órdenes victoriosamente.

¿En qué manera podría usted, ayudado del Sr. Sosa y sus otros amigos, tenderme manos que me ayudaran a salvar este abismo? Después, todo sería haçedero y soportable; todavía estoy vigoroso, aún puedo mucho.

Usted sabe que en México se han hecho ya catorce ediciones de *María*, y las hechas en los demás países de Hispano-América, sin contar éste, pasan de veinticinco. ¿Qué resultado supone usted que daría en México algo que se hiciera con el fin de excitar a los editores del libro a formar un fondo que recompensara, siquiera en parte, mis derechos como autor de este libro? ¿Qué efecto daría, hecha desde allá, una excitativa semejante, a los demás editores de América que, perjudicándome tanto, han hecho ediciones sin consentimiento mío? Hagan en ello, usted, el Sr. Sosa, el Dr. D. Mejía y mis otros bondadosos amigos, lo que juzguen mejor y *más delicado*. Si nada creen bueno hacer a ese respecto, apruebo de antemano lo que resuelvan.

Otro medio es posible. Si el señor general Díaz sabe quién soy y de lo que puedo hacer juzga, ¿tendría inconveniente para honrarme con el nombramiento de Cónsul general de México en Colombia? ¿Lo permiten las leyes mexicanas? Yo me esforzaría, a fin de servir ese empleo de modo que mi labor no fuese inútil para México; y si algo puede valer mi profunda gratitud, el ciudadano eminente que hoy preside aquella nación tendría, no sólo mi gratitud, sino la de mis hijos y la de los colombianos que me aman.

Aunque escritos con el alma, trazar esos últimos renglones ha sido más difícil para mí que escribir muchos capítulos de aquel libro —poema de mi corazón— que usted admira. Prosa de la existencia... ¡Cuánto cuesta el vulgar vivir! ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor a estos niños adorables que han sido mi único consuelo y alegría! ¡Cuán espantoso y cruel es pensar que los dejaré en el mundo desvalidos!

No relea usted esos renglones. Proceda como mi hermano. No ol-

vide, al proceder en un sentido u otro, que está de por medio mi nombre; que no pido limosna a los editores que en América han especulado con mi trabajo; que si es digno de admiración y todo acatamiento el Presidente de México, yo... yo soy, por casta de naturaleza, ciudadano de toda la América latina, hermano de todas las almas que en ella laboran bendecidas y luchan gloriosas, complementando la obra de nuestros libertadores.

Adiós hoy. Sus cartas me vendrán bien a Cartagena, bajo el sobre del Sr. Dr. Henrique de la Espriella.

Le encargo un abrazo cariñoso para el Sr. Sosa. ¿Le habrá llegado mi respuesta larga a su carta de 27 de abril del 87? No he vuelto a recibir otra de él.

Su leal amigo y seguro servidor,

JORGE ISAACS.

Posdata.—Le incluyo, tomado del número 7.262 del *Diario Oficial* de Colombia (26 de diciembre del 87) lo que, sobre hulleras estudiadas por mí, hasta entonces se publicó. La prensa del país—encogida algo la de los conservadores—aplaudió y admiró lo hecho y obtenido. ¿Sería útil reproducir en México esos documentos?»





LA CANCIÓN GRIS

*¡Lluvia de ciudad!
Sonsonete triste
sobre los cristales...
¡Luz de enfermedad!
Hoy todo se viste
de tonos iguales.
Luz apantallada,
disfraz de las cosas
gozosas... ¡De nada
sirve que haya rosas!
Se han tornado grises
flores de tristeza;
se han tornado lises
rancias de nobleza.
Huyó la algarada
que un buen día trajo
sobre mi agobiada
mesa de trabajo.
¡Oh, la luz gozosa...!
Hoy ¿porqué no brilla
su color de rosa
sobre la cuartilla?
¡Días soleados!*

*La vista viajaba,
corría y brincaba
sobre los tejados.
Hoy, tan solo mira
la borrosa tira
del turbio paisaje,
los hilos da encaje
que teje la lluvia,
flecós para el traje
de la tierra rubia,
y la calle muerta,
tediosa, desierta,
y la rosa abierta
hecha flor de lis...
¡Todo, al alma mía
trae la letanía
de melancolía,
de monotonía
de la canción gris!*



UN MATRIMONIO OCTOGENARIO

*¡Qué viejos son los dos! Por una inercia extraña
no han muerto. Cada día su vejez envejece.
La hija que les dió nietos, ahora los acompaña,
y casi al mismo tiempo se arruga y encanece.*

LA PLUMA

*¡Qué viejos son los dos! En ella, como en él,
parece que la Muerte modela su boceto
todavía de carne, todavía de piel,
para labrar definitivamente el esqueleto.*

*Tienen el dorso en curva; la diestra agarrotada
al cachavón de palo, caído el brazo izquierdo.
Bucean en los años... Frio, tristeza ¡nada!
Todo es hielo en la trama borrosa del recuerdo.*

*—¿Te acuerdas? Aquí, un día, recordamos aquello...
Hijuca, cuéntanos, tú que tienes memoria—
los dos viejos escuchan, muy estirado el cuello
y agrandados los ojos, un renglón de su historia.*

*Y cruza un fuego fatuo por la mente dormida,
su fugaz parpadeo la existencia recobra,
y se entibian sus venas con un soplo de vida,
mientras la Muerte sigue lentamente su obra.*

ANGEL ESPINOSA

Del libro en prensa «Torrentes y remansos».





HENRI DE TOULOUSE-LAUTREC



AUNQUE hace ya una veintena de años que murió Toulouse-Lautrec, el valor y la magnitud total de su obra no han aparecido claramente hasta muy poco tiempo antes de la guerra. Su obra dispersa, manifestábase tan pronto en un procedimiento, tan pronto en otro, sin excluir los más diversos: óleo, pastel, grabado, litografía, y se expresaba lo mismo en un cartel que en la cubierta de un libro, o incluso en un simple programa, y amoldándose siempre a la actualidad; obra que se nos presentaba en fragmentos, y aunque tuviésemos la noción de su valía no podíamos medir con exactitud su alcance.

Además, la extraña personalidad, fantástica, robusta al par que enfermiza de Lautrec, atrayente y sarcástica, seductora y desconcertante, rebasaba, o parecía rebasar el marco de su obra, hecha como jugando, y a la que parecía no conceder importancia. Dijérase que brotaba sin esfuerzo de sus dedos; no incitaba a penetrar en su intención profunda.

Fué menester la exposición organizada en París, en junio de 1914, por la revista «Les Arts» para descubrirnos verdaderamente la obra de Toulouse-Lautrec en todo su esplendor, viviente, conmovedora al par que implacable.

Sabíase muy bien que sus dotes habían sido prodigiosas, tales que ni Daumier, ni Forain, ni Degas, a quien puede aproximársele, le han sacado ventaja. Parecía no proceder de nadie, no venir de parte alguna: apenas si su lápiz incisivo recordaba a veces ciertas «abreviaturas» del arte japonés. En la exposición de 1914 nos encontramos ante las fuentes propias de este singular artista: eran puramente clásicas, riquísimas, selectas.

LA PLUMA

Vimos allí lienzos como *la Blanchisseuse*, pintados tan sólida y clásicamente como las primeras obras de Degas; dibujos que eran prolongación de los pintores franceses del siglo XVIII; allí vimos aparecer de súbito sus cimientos profundos, su conocimiento sagaz de la tradición francesa pura, a la que agregaba una percepción de la vida febril, jovial o melancólica, que le pertenece por modo exclusivo.

Si la vida que llevó Henri de Toulouse-Lautrec no es de las que las Academias recompensan con premios a la virtud, fué al menos singularmente adecuada para suministrarle los espectáculos que con más fidelidad convenían a sus medios de expresión.

Toulouse-Lautrec era exiguo, deforme, de ingrato rostro: especie de gnomo que mezclaba una cachaza desconcertante con una petulancia imprevista; aunque entristecido por su desgracia corporal, ocultaba su melancolía honda bajo apariencias joviales o alborotadas; se vengaba de la vida escrutándola hasta el fondo; la recorría desde lo alto de la escala social a lo más bajo, complaciéndose más en lo bajo, porque allí se le aparecía más franca en sus vicios, en sus amarguras y en sus goces, en sus apetitos y en sus engaños.

Descendiente auténtico de los condes de Toulouse, una de las familias más rancias de la aristocracia francesa, le plugo sobremanera considerar el circo, el bar, el pueblo que se divierte, la liviandad de los ociosos en los sitios de esparcimiento, la melancolía de la «vida alegre», el similar del music-hall, la iluminación chillona de los teatros, el oropel de las ferias.

En ese respecto ha sido el historiador sin igual del París que se divierte, baila, canta o sale a escena, entre los años 1884 y 1900. Todas las celebridades efímeras de los cafés-conciertos y de los teatrillos, han sido así eternizados por el lápiz de Toulouse-Lautrec. Aunque sólo fuese como documento, su obra merecía sobrevivir, pues no será posible escribir la historia de la vida parisina entre una y otra guerra, sin referirse a sus dibujos, a sus carteles, a sus litografías. Ese atractivo del documento fué lo primero que, a los testigos o a los sucesores de tal período, nos sedujo, al encontrar con satisfacción en su obra los recuerdos vivos aún de esa época.

Pero en la obra de Toulouse-Lautrec hay mucho más que una simple notación: posee la autoridad de un historiador y la agudeza de ingenio de un moralista. Ciertas obras de Lautrec igualan en psicología a las de un Watteau: están en los dos polos de la melancolía, pues Watteau se inclina a la ternura mientras Lautrec propende a la amargura. Ha sido en su arte y en su tiempo lo que Chamfort o Rivarol fueron en sus escritos un siglo antes.

Al examinar la obra de Lautrec, al recorrer sus diversas páginas, penetradas todas de luces, de cánticos, de danzas, de frenesí, nos hallamos en presencia de un testigo, de un testigo que no quiere dejarse corromper, testigo implacable. Jamás se permite aderezar la verdad según un ideal impuesto, ni siquiera según una idealización personal: su gozo es comprender, gozo particular, más próximo a la tristeza que a la alegría. Sediento de verdades, casi puede decirse que de ellas se alimenta: si la belleza existe y sus encantos, sólo quiere buscarlos en los acentos más vivos de la vida. No se puede amar la verdad en arte más que Toulouse-Lautrec la amó; en su obra no hay concesión alguna a los hábitos espirituales del aficionado o del gran público.

En un rincón de *Folies-Bergères* o de un bar, en un lugar sospechoso, rodeado de golfas y de sus amigos, parecía que iba paseando con indiferencia una laxitud extrema, el desánimo peculiar de los «sitios de diversión» cuando a ellos no solamente se lleva el cuerpo y los nervios, sino también el alma y el juicio; otras veces parecía haber ido allí tan sólo por su placer personal, por participar en tal agitación, en tales realidades o en tales apariencias de gozo: pero miraba y observaba siempre, dueño de su vista, y notaba en su mirada lo esencial.

La verdad es que para sorprender así, de una ojeada, los elementos más diversos de una escena compleja, y combinarlos en un conjunto igualmente verdadero, sin que ninguno de esos elementos perdiese su carácter de visión aguda, ni su detalle expresivo, menester era que Toulouse-Lautrec tuviese, en cierto modo, un ojo de facetas, como los insectos. Con una puntualidad cruel, terrible, se apoderaba de la deformación característica, del visaje que ponen en un rostro la luz cruda, la fatiga, la ale-

LA PLUMA

gría, o simplemente los afeites. Sabía arrancar lo que toda realidad contiene de caricaturesco natural; pero en lugar de servirse de ello, como hubiese hecho otro, para hacer reír o sonreír, Toulouse-Lautrec sólo se cuidaba de ser amargamente veraz, de ir hasta el fondo de las almas, de las apariencias, de las alegrías, alborotadas hermanas de la suya propia.

Y todo esto, dijérase que expresado con nada. Con el arte más sucinto y breve acertó a traducir la compleja vida del gozo parisino, ese mundo cuya industria es el placer, esa trepidación en que la necedad y la grosería se mezclan con las flores del espíritu más exquisitas, con la gracia conmovedora y la feminidad delicada. Toulouse-Lautrec, no sólo sabía verlo todo en un abrir y cerrar de ojos: sabía expresarlo todo con sencillez. A menudo, le basta una línea ondulante, rápida, nerviosa, para situar un personaje o describir con exactitud pasmosa, el sombrero o el vestido de una mujer, el gesto y el carácter de un hombre. No falta ningún detalle, o al menos así parece, porque sólo pone lo necesario. En ese camino, nadie acaso haya ido tan lejos como él: hizo con los grupos, con los personajes humanos, lo que un pintor como Jongkind había hecho con el paisaje y los navios; con unos cuantos trazos sabe dar no sólo la estructura exterior, sino el espíritu íntimo, el sentido interno.

Más sorprendente aún es la variedad de su técnica, la multiplicidad de sus medios, lo que podría llamarse su «obediencia del tema»; escoge sin vacilar no sólo el trazo sino la materia misma que mejor ha de convenir a su asunto. Apenas si alguien más que Degas ha sabido mezclar tan bien la nerviosidad de la visión, la penetración del trazo, con tanta suavidad de materia: Degas es a menudo más grande, pero no más penetrante ni más refinado.

Al pronto, el arte de Toulouse-Lautrec parece sólo duro, mordente, satírico, preciso, pero mirándolo bien se advierte la finura igual del espíritu y de la materia. Un arte como el de Lautrec sólo puede ser producto de una selección larga, de una civilización culminante, de una aristocracia de pensamiento y de visión por mucho tiempo sostenida. Por eso hay pocos que sean más característicos de su raza; a pesar de algunas semejanzas, del todo exteriores y pasajeras, con el arte japonés, es

un arte francés por esencia, y que manifiesta las asombrosas contradicciones del genio de esta nación. En Lautrec, como en la naturaleza francesa más cultivada y refinada, la mente parece dominarlo todo: la necesidad de ver las cosas tales como son, la voluntad constante de no dejarse engañar por hombres y cosas, se descubren al punto: pudiera casi creerse que han sustituido a todo lo demás; pero mirando de cerca, se percibe la afluencia de una ternura, una delicadeza, una sensibilidad, una especie de voluptuosidad deliciosa y discreta que, pese a todo, no aciertan a esconderse. En algunos retratos de mujeres, el de Madame Korsikoff, por ejemplo, Toulouse-Lautrec rivaliza con las pinturas más delicadas de Renoir. La pincelada obedece a la sugestión de la materia que pretende representar, se eriza en las pieles, se ablanda suavemente en la epidermis, hiende vigorosamente la madera de un sillón o el marco de un cuadro, sin caer nunca en la mezquindad de los pintores que sólo saben el oficio. Sin embargo, más aún que en esas delicadezas, y aunque en ellas se muestre con tanta holgura como en todo, donde se le ve más dueño de su arte, más inolvidablemente personal es en los retratos de hombres, y sobre todo en las grandes escenas del *Moulin de la Galette*, en las escenas de teatro, y en cuanto revela la vida nerviosa de su tiempo. En esos conjuntos ha sorprendido, como nadie lo había hecho antes, la extrema movilidad de la vida; la obra de Lautrec es una especie de kaleidoscopo de la vida de París, en el que cada momento está animado de una especie de frenesí interior, que los personajes parecen retener con gran trabajo.

Toulouse-Lautrec ha sido el historiador puntual, y necesariamente cruel, de una época de neurasténicos y sobreexcitados, pero también de espíritus inquietos cuyos escrúpulos y vacilaciones volvieron a poner en tela de juicio tantas ideas y sentimientos, y contribuyeron con ello a traer en pos de ese período singular de trepidación sin progreso una generación animada de convicciones más firmes y de energías irresistibles.

G. JEAN-AUBRY

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

FEDERICO JAIMER

*¡Señor, abre tus brazos a esta alma perfecta:
que un camino de gloria y un jardín sonriente
sean sendero y reposo!*

*¡Que le ruta del grave reino de lo Ignorado
cambie en rosales blancos los ásperos zarzales
y en impolutos lises los guijarros al solo
contacto de su planta*

*bendita por la sana Juventud varonil!
¡Que sus ojos conserven el último destello,
Señor, y que en sus labios la última palabra
tiemble perennemente!*

*¡Y que el último beso maternal, de infinita
pasión, deje su huella sacratísima intacta!*

*¡Que tu piedad le acoja, Dios mío, y en tu seno
él sea el preeminente entre los elegidos!*

*Y cuando halle el descanso en el tibio regazo
de la atlántica tierra natal, y ella le estreche
en un profundo abrazo secular; cuando al sueño
de la muerte acompañe*

*el armonioso canto del mar; cuando el reposo
sea, en fin, el absoluto, el grande, el verdadero*

*¡Aleja los gusanos, Señor de su magnánimo
corazón! ¡Permanezca
su corazón que era todo bondad y amor,
todo paz y dulzura!*

LUIS B. INGLOTT



LETRAS BELGAS

VERHAEREN y Maeterlinck han esparcido lejos la gloria de la literatura belga. Incluso puede decirse que han creado esa gloria y revelado a toda la Europa intelectual la existencia de nuestros escritores. Antes, Rodenbach, en el escenario de París, había acertado a conquistar una clientela vasta, pero desapareció muy joven, y su obra no le ha sobrevivido. Cuando se intenta releer hoy *Bruges-la-morte*, considerada comúnmente como su obra maestra, no sorprende ese desfavor: la novela, de atmósfera falsa y de psicología pueril, está lo más lejos posible de las exigencias y de la grandeza del arte humano; es obra de «literato», en el peor sentido de la palabra. Charles van Lerberghe, por su parte, no disfrutó jamás de popularidad real, pero su muerte, que data de quince años, no le ha privado del afecto ni de la admiración de todos los artistas, y *La Chanson d'Eve* sigue siendo mirada por la mayoría de los poetas como la obra maestra del simbolismo francés.

Nada diré aquí de Verhaeren y de Maeterlinck. Ya no me pertenecen: se salen demasiado del marco de las letras belgas. Verhaeren merecía aun más que Maeterlinck esa gloria universal, pues pocos hombres han simbolizado con tanto vigor y profundidad la mente y el alma de su tiempo. Rogaré tan sólo a los lectores españoles de Verhaeren que no sean rigurosos con él por las últimas obras que ha firmado: la guerra le convirtió en cantor oficial de su Gobierno, e incluso el genio es incapaz de

LA PLUMA

soportar tamaño fardo. Las cartas que durante el año 1916 cambió con Romain Rolland—yo las he publicado el año último en *L'Art Libre*—muestran que en el fondo seguía siendo el hombre de vasto corazón y de mirada llena de amor, dilecto de nuestra juventud. Sería, en verdad, cruel e injusto reprocharle a un gran poeta la flaqueza de sus últimos años—sobre todo cuando han coincidido con la tragedia de Occidente.

Maeterlinck, que cimentó su reputación con varias obras de teatro compuestas sin levantar mano entre los veinte y los treinta años, no ha escrito desde hace diez nada que merezca ser mencionado. Desde el día ya lejano en que Maeterlinck se creyó filósofo, se apoderó de él una decadencia rápida, y su reciente *Bourgmestre de Stilmonde* no es superior, como quiera que se le mire, al folletín más mediocre del *Petit Parisien*.

* * *

La materia de esta crónica de las letras belgas la constituirá toda la producción desconocida en el extranjero que ha acompañado o seguido a los dos o tres escritores de que Europa se ha apoderado. Aquí hay una escuela numerosa, mediocre o claramente inferior en su mayor parte, pero en medio de la cual distínguese un puñado de artistas de grandes vuelos, que sería inicuo envolver en silencio. Aquí hay una producción anual copiosa, indigna de ser estudiada en todos sus detalles, pero de la que es menester entresacar una cumplida treintena de volúmenes—que no es poco.

Es costumbre decir que el auge de la literatura belga empezó hacia 1880, y gracias al grupo de la «Joven Bélgica». Es de notar que los inventores y propagandistas de esa fórmula son precisamente los miembros de la «Joven Bélgica», agrupados hoy en el seno de una Academia (fundada hace dos meses), que más parece una especie de sindicato de funcionarios que una sociedad de escritores. El «renacimiento» de 1880 es una fábula. Antes de esa fecha, Bélgica había producido hombres notables, como Eugene Pirmez y Charles De Coster, autor del inmortal *Uylenspiegel*, y en 1880, Camille Lemonier, Georges Eckoud y Edouard Picard habían publicado los tres obras maestras. De toda esa generación de «Jóve-

nes belgas», sólo Verhaeren es grande, y sus compañeros más alborotados son, por el contrario, infinitamente pequeños. Es probable, por lo demás, que colmada su ambición de prebendas, sinecuras y condecoraciones, nos harán gracia de sus obras.

Esa Academia ha producido el resultado excelente de separar la cizaña y el buen grano: en efecto, bajo sus pórticos, y en las gradas que a ellos conducen, se atropella la turba de periodistas, de bardos patrióticos y de novelistas moralizadores que ahogaba a los verdaderos artistas. Y cuantos honran nuestra escuela, Gregoire Le Roy, Neel Doff, André Baillon, J. F. Elslander, Fernand Crommelynck, Pierre Broodcoorens—no falta ninguno a la lista—están *todos* lejos del templo de yeso sobredorado, en un aislamiento que los engrandece.

Por eso hay que ser indulgente con la «Academia de Letras Francesas de Bélgica». A nuestro sufragio positivo, la Academia ha sumado el suyo, que no por ser negativo pierde su elocuencia singular ni su significación. Me atrevería incluso a decir que es una consagración.

Algunos de los escritores que acabo de nombrar, y a los que sería menester añadir una docena de nombres muy cabal, no son desconocidos; París ha dispensado a las obras de Baillon, de Neel Doff y de Crommelynck, un suceso caluroso. Espero tener ocasión de subrayar pronto la importancia de cada uno, y de poner así de relieve los esfuerzos, caóticos todavía pero ya fecundos, de la generación que nos sigue, muchos de cuyos miembros han firmado, a pesar de sus veinticinco años, obras que quedarán. Por hoy, y tras estas consideraciones generales, quisiera hablar de Fernand Crommelynck a propósito de su obra nueva *Le Cocu magnifique*.

Crommelynck había escrito y dado a la escena en Bélgica, desde hacía diez años, algunos dramas desiguales, en que la expresión trágica se atascaba en mil y una convenciones. Verdad que su *Sculpteur de Masques* era ya una gran cosa, pero los *Amants puerils*, que le siguieron, estaban por bajo de su talento. Ya se temía que Crommelynck no acertase jamás a

LA PLUMA

liberarse por completo, cuando Lugne Poe, hace seis meses, nos reveló *Le Cocu magnifique*.

Sin duda son conocidos en Madrid la emoción que en toda la Prensa parisina ha promovido esa «farsa inaudita en tres actos», como el autor la intitula, y el ímpetu con que se han precipitado hacia el teatro de *L'Oeuvre* todos los aficionados y los artistas de Francia. Hacía ya diez años que la gran ciudad no se apasionaba así por un drama, y nadie ha conquistado en París tanta celebridad en tan poco tiempo.

Hay que afirmar, por otra parte, que el triunfo rápido y completo del *Cocu magnifique* se justifica plenamente y que Crommelynck se ha puesto en fila, sin disputa, con los más grandes dramaturgos de su tiempo, e incluso de todos los tiempos. Que no me tachen de exagerado. Aun soy menos afirmativo que la mayor parte de los críticos franceses al día siguiente del estreno, en cuyas crónicas aparecían los nombres de Molière, de Shakespeare y de Ibsen. No me hago ilusiones acerca de lo que pueden valer tales cotejos—al contrario. Observo tan sólo que Crommelynck puede afrontarlos sin que le aplasten; y comparto enteramente la opinión de Leon Werth y de otros varios cuando dicen que *Le Cocu magnifique* señalará una época nueva en el teatro occidental.

Esa «farsa inaudita» es pavorosamente humana y dolorosa. Abarca un lado entero de la vida y lo desenmascara con un frenesí y una clarividencia casi horribles. La obra va arrebatada de punta a cabo por el hálito de las tragedias más intensas, tan enorme, tan cruel, que en ciertos momentos hasta el autor parece arrastrado, parece abrumado por la acción que ha concebido.

Trataré de resumirla: en una ciudad pequeña de Flandes, Bruno, escritor público, se ha casado con Luisa, y ensalza ante los amigos la belleza de su mujer. Los hombres la acechan, y Bruno exaspera así sus deseos. Un día llega a su casa un primo de Luisa, su compañero de la infancia; Bruno se pone a decirle los encantos de su mujer, y llega hasta desnudarle el seno para que juzgue, cuando de súbito, la mirada codiciosa del primo le hunde en el corazón, como una puñalada, los celos. La tragedia se urde en torno de Bruno. Empieza por someter a su mujer a la

vigilancia de Estrugo, especie de idiota que le sirve de escribiente; luego, para asegurarse más, la enmascara, la cubre con un manto impenetrable, la guarda para sí solo, cerradas puertas y ventanas. Pero los celos le torturan, y en el curso de una de sus tremendas conversaciones monologadas con Estrugo se le ocurre la idea de que sólo la certidumbre de su infortunio podrá calmar sus celos. Luisa, por amor de Bruno, y para curarle, para curarle, consiente en prostituirse con su primo. Bruno aguarda, bajo la escalera que conduce a la habitación conyugal, que se consume todo. Cuando Luisa vuelve, sumisa y heroica, la maltrata; la acusa de haber simulado una escena de amor con su primo a fin de extraviar sus sospechas. Y poco a poco, le trae todo el pueblo; Bruno, para saciar su pasión, quiere que su mujer le engañe con todos los hombres. Luisa consiente. Pero Bruno con nada se calma. Llega a esta declaración formidable: si Luisa acepta a todos, es que el verdadero, el solo, el único amante no está entre ellos; él solo no vendrá, él solo no puede venir, y toda su invención no sirve de nada. El acto segundo termina con una escena de demencia, en la que, armado de un fusil, Bruno, en acecho, exclama: «¡Aguardo al que no vendrá!»

Después, el pueblo anda revuelto. Las mujeres se encarnizan con Luisa, que aparta de ellas a sus maridos. Y mientras la rabia de Bruno se exaspera cada vez más, y una tarde de Carnaval hace la enormidad de entrar enmascarado en su casa para coronarse a sí propio, se urde un complot contra Luisa. La turba, con teas e instrumentos burlescos, invade la casa, se apodera de Luisa, la arrastra hasta el río, y las mujeres le darían muerte si uno de sus primitivos adoradores no la arrancase de sus manos. Entonces, una última escena pone frente a frente, ante la turba levantisca, a Bruno y al pastor que ha salvado a la infeliz, y ésta consiente en seguir a su protector, haciéndole jurar primero: «¡Dime que al menos podré serte fiel!» El telón cae en el momento que Bruno, rodeado de una zarabanda burlesca, percibe su decaimiento y su locura.

Perdóneseme si he resumido mal un drama gigantesco y de tan furiosa realidad. Es imposible dar, ni siquiera débilmente, una imagen de esas escenas tumultuosas, en que cada personaje crece hasta llegar casi a la

LA PLUMA

magnitud de un símbolo, y donde, no obstante, todos padecen como hombres. Teatro de héroes, en el sentido griego de la palabra: desde Otelo no se había sacado jamás a luz los celos tan brutalmente, ni jamás, desde Molière, se había impuesto la risa al espectador en algunos momentos tan brutalmente. Pero, dada la incoherencia y la inconveniencia de las comparaciones, prefiero evocar a Shakespeare, pues la escena francesa no ha conocido jamás tal aproximación ni tal mezcla de sentimientos y de pasiones contradictorias. Los celos, con cuanto encierran de risible, de ridículo, de estúpido—y de santo, de noble, de doloroso, animan *Le Cocu magnifique*, donde se percibe de súbito que ese sentimiento, esa inquietud, es una forma paroxística del amor, o por mejor decir, una síntesis del amor, del miedo y de la avaricia.

Ignoro lo que hará mañana Fernand Crommelynck, y si el éxito triunfal de su obra le será funesto. Pero sé que ya cuenta en su pasado—diría en nuestro pasado—con una obra maestra del teatro europeo, el drama que—por repetir la frase de Leon Werth—con el *Paquebot Tenacity* de Vildrac señala el comienzo de una nueva era. Eso me basta. *Le Cocu magnifique*, representado por primera vez en París hace cuatro meses, ha sido ya traducido y representado en cinco idiomas. Deseo que España no tarde en conocer esa tragedia del Norte, donde el corazón humano se mira con temor.

PAUL COLIN





APUNTES PARA UNA GEOGRAFIA MUSICAL DE EUROPA. 1920

Y VI. ESPAÑA

PUES... para acabar no habrá más remedio que hablar de España. Y está de moda esto de la música española. A fuerza de habernos gastado algunos toda la buena fe de nuestra adolescencia en hablar en cien mil revistas de la «escuela española», de la renovación musical de la España contemporánea y otras cosas así, la tesis ha llegado a cuajar y por ahí fuera continúa hablandose con una buena fe—ya no adolescente—de flamante «escuela» moderna de música española.

¿Por ahí fuera tan sólo? Los primeros en creer de veras los anuncios de cuarta plana y los reclamos de contaduría son los propios interesados. Más de un caso hay de algún honorable profesional que nos viene a contar lo que en la «Prensa extranjera...» ha dicho de él nuestra amable oficina informativa. Porque está claro que a veces se siente un poco el rubor ante el extranjero, y escribe uno de allí como los demás, mientras se siente de paso el sonrojo de lo que los demás escriben aquí.

La época de las «escuelas» no es ya la nuestra: La neta división de las personalidades, la multiplicidad de criterios, la complejidad de la psicología de los artistas y el vasto horizonte de los ideales diversos hace que los lazos comunes entre ellos sean hoy menos que sus diferencias.

LA PLUMA

Apenas podría encontrarse un factor común menos vago que el siglo, el compatriotismo, la vida dentro de la misma estrechez de límites. La filiación que permite engranar una bola en su rosario es cada vez más dudosa, pero, entre nosotros, entre los españoles, ¿es por riqueza este embarazo? ¡Ayl! Aquí donde en todo llevamos un buen retraso de medio siglo—¿medio?—, en esta falta de disciplina vamos a la vanguardia: pero sería ridículo querernos engañar; no es por los incatalogables; es porque en nuestra baraja, los López, Garcías y Fernández se llevan los tres cuartos de los palos. Con el que nos queda tendremos suficiente para toda la originalidad restante.

Pero, ¿qué es lo que pasa, y por qué estos pocos más originales son los que ganan todos los triunfos? (Los ideales, a lo menos). Muy sencillo: son los únicos que valen. Al principio la baraja entera se pone de patas en cuanto estos amanecen. Luego, tienen que transigir; poco a poco terminan por tragárselos del todo, y, a la postre, cuando sienten que el campo no es ya suyo y que ya no está su acera de moda, lían precipitadamente sus bártulos y sin atender a los coches que pasan por medio y sin reparar en el barro del arroyo, se precipitan desatentados hacia la acera concurrida sin pensar, ¡pobres!, que desembarcan en ella llenos de caz-carrias.

Todavía hay entre nosotros «nacionalistas» al buen estilo del año 60. Esta fué una fase más reluciente que adoptaron algunos clasicistas apolillados del viejo régimen, y algunos románticos, mixtura de «Lucia» y de «Tristán». sintieron también la veleidad nacionalista y en ella hicieron sus pinitos. Ahora, después de que la guerra les ha hecho ver que el romanticismo no es negocio, y que, sobre todo, no es reclamo que atraiga ya a los jóvenes incautos a sus academias, se ve por toda Europa el espectáculo de los que se han decidido a cambiar de rótulo, comenzando a hacer girar el espejuelo modernista. Machacan a los rusos y a los franceses en su espeso mortero y brindan a sus neófitos una informe papilla sazónada de jota, muñeira o sevillanas, según cual sea la zona española, y hacen mirar a los tiernos bobitos por un Kaleidoscopio de culos de vaso.

Sin un momento de duda, entre este espíritu de mixtificación y la

pobre constancia moral del mocito barbero tañendo su mandolina, preferimos ésta; pero ¡quién nos diera el alma ingénuo que en el fondo de su aldea soprase en su pipiritaña!

Desde hace años vemos caer en la Corte, hoy uno, mañana otro, los musiquitos provincianos que nos preguntan con apuro: ¿Con qué maestro iré? Y siempre la misma respuesta: ¡Con ninguno! Las poquísimas personas que entre nosotros podrían manejar sin ajarla esa sensibilidad aun virgen de la mentira escolástica, no tienen tiempo para poder dedicarse a ello. Demasiado poco tienen para sus propias atenciones que son, en rigor, por las que deben velar más; y acaban enviando al neófito a cualquiera de los más conocidos: de los más influyentes. Unos meses después, el pupilo ha cambiado el aire campesino por el humazo del café Universal, y su ingenuidad por la pedantuela politiquilla doctrinaria del grupo en que haya caído. Se defienden bien estos grupos, masonerías de camilla que un día u otro hacen oír una obrita del ex recién llegado. Consagración fulminante. Bueno: pase otro.

Y de este modo nuestro jardín musical, jardín botánico, parece mejor que esos escaparates de horticultor cuyos tiestecitos en flor apenas tienen el «encanto de una hora».

Frente al perfil tan fuertemente acusado de la música popular española, la «escuela», la «música de arte», que jamás lo ha tenido entre nosotros, menos podrá tenerlo en la etapa 1920. Si lo único que tiene un valor positivo en nuestra música actual, presenta algún rasgo común, un cierto aire de parentesco que es lo que consigue para ese movimiento la consideración de «escuela española», se debe más a sus fuentes populares que a la semejanza espiritual que los Albéniz, Falla, Granados, Esplá o Turina pueden tener entre sí. Nada importa esto; hemos referido que ya no hay escuelas; el último reflejo de ellas fue el «novecentismo» y, en cierto modo, este existe en los nombres mencionados, pero este, tanto como el individualismo de otras naciones, Italia, por ejemplo, tienen un punto de partida común, un oriente que los atrae aunque por diversos caminos; pero, entre nosotros, los que llevan algún rumbo, marchan hacia los cuatro puntos cardinales. Los demás se limitan a dar vueltas alrede-

LA PLUMA

dor de un huertecito sub-urbano y a cuidar sus gallinitas, aves de su inspiración. Poco vuelo—dirán—pero buen caldo. Si a lo menos es así, sea enhorabuena..

Es en esto en donde nosotros encontramos la causa de nuestra inferioridad. Mal de mediocridad. Miseria de corazón y miseria de talento. Vulgaridad y pretensión. En síntesis una falta total de cultivo. Nuestros músicos en su casi totalidad (dos o tres sólo se escaparon) están en barbecho y faltos de riego. De vez en vez una ola abrasadora de chabacanería remueve su arenisca. Un escalafón es lo que ven brillar en aquel lejano templo de la fama al que, según Byron, es tan difícil trepar. Al templo de Minerva, dirigid vuestros pasos: años de servicio, quinquenios, jubilación, glorias nacionales, patriotismo bicolor, chin-chin, Academia y vamos muriendo.

Que ni nuestra materia musical es inferior, ni nuestro temperamento actual es más débil que el de otros países lo prueba tanto nuestro repertorio popular admirable—tanto más cuanto menos conocido y más salvaje—como el valor personal que las «dos o tres» personalidades que poseemos tienen, lo mismo «en sí», que en comparación con las figuras más notables extranjeras. El temor está en que esas son personalidades aisladas, sin que se entrevea una sucesión futura. Su semilla cae en la esterilidad del medio, tanto como los sermones de otros, clamantes en el desierto.

Pero insistamos. Puede que por nuestros clamores lleguen a conmoverse las mismas peñas. Gritemos a esos otros «dos o tres» que no se marchen demasiado lejos y que no perdamos el contacto. Y todos, de acuerdo, dediquémonos a convencer al musiquito que en el fondo de su aldea sopla en su pipiritaña que no venga a la corte, que ignore el escalafón, que huya de la mediocre turbamulta de los programas de concierto, que cante al aire de su tierra, que toque su guitarra a la luna de su aldea.

Alegre, fresco y puro
va mi cantar
a la vera, verita
del naranjal.

ADOLFO SALAZAR



1921 - CONFETTI - 1921

*Al pasquín luminoso del día
El clarín colorín del harapo
Es airón cascabel de alegría
De la turba exaltora del trapo.*

*Sollozante su facies de harina
Don Humor rubriquea la farsa
Con la sierpe de la serpentina
Y el flautín de la bufa comparsa.*

*¡Policrómico reir jacaresco
Alariza en el móvil tropel
Bajo un púrpura palio chinesco
Y una lluvia-color, de papel!*

DÍA

Dominical

Hervor

Grito bermejo! Agudo { *La trayectoria
de la*

naranja

Al

Sol.

LA PLUMA

NOCHE

*En el picacho brilla
La lumbre.
Todo dolor es una
Cumbre!*

HÉLICE

Y

*Exaltar la pasión. Redoblar los afanes...
¡Si no estuviese el mundo
Lleno de sacristanes!
Pero sí.*

CIPRÉS TEATINO

*Ciprés teatino femenil y pardo
De una página extranjera
Otra vez regreso a España
Oh!
España. Empresa de loco.
¡Negro fluir
de
agua clara!*

ANTONIO ESPINA





LIBROS Y REVISTAS

Ramón Gómez de la Serna.—*Libro Nuevo*. Madrid, Imprenta, Mesón de Paños, 8, 1920, *El paseo del Prado*.

Cuando, hace casi tres lustros, conocimos a Ramón Gómez de la Serna en las aulas universitarias, había publicado ya su primer libro. Apenas si se vislumbraban en aquellas páginas las señales ciertas de su condición actual; pero en el segundo volumen de su producción—*Morbideces*, 1907—manifiéstase acentuadísima la propensión a subvertir el orden exterior de las formas literarias al uso, que le ha dado carácter propio en la literatura española de diez años a la fecha. El lector, ajeno al movimiento literario que en peñas y cafés se fragua, cuya curiosidad dispersa se siente un día y otro solicitada por la incansable labor diaria de Gómez de la Serna en periódicos y revistas, si quiere *de una vez* y para mucho tiempo, darse entera cuenta de lo que es y significa esa literatura, extravagante en cierto modo en las columnas harto utilitarias de los periódicos, lea el *Libro Nuevo*, cifra y compendio de la *manera* en que ha cristalizado la juventud literaria de su autor, uno de los pocos *temperamentos* que después de los *modernistas* han aparecido en España y sus colonias espirituales.

No se recomienda ciertamente por su amenidad la lectura del *Libro Nuevo*, entendida la amenidad en la acepción vulgar por que se guía el lector que compra los libros para distraerse. Le falta, premeditada y resueltamente, la infusión de su espiritualidad en una *máquina*, trasunto de la historia humana. Ramón Gómez de la Serna ha querido desligar la expansión lírica del propio ánimo de toda reducción a la más fácil comprensión del público; no ha querido hacer una novela, un poema, una crónica, una serie de reflexiones; se ha propuesto tan sólo escribir, tal y como se lo inspiraba unas veces la contemplación del mundo, rebuscando otras con empeñado ahinco, las relaciones más dispares en apariencia entre cosas que la distancia, la calidad o nuestra percepción distribuyen en el tiempo y en el espacio con diferente peso y medida, difíciles de reducir a común denominador. Suprimido además casi siempre uno de los términos de la comparación, las imágenes así obtenidas cobran una extraña rareza en que el lector se pierde de primera intención, pero a fuerza

LA PLUMA

de repetirse el procedimiento, acaban por sernos tan fáciles como las frases hechas de uso corriente en unas cuantas centurias. Adolece el *Libro Nuevo*, para nuestro gusto, de *exceso* de ingenio. En ese punto es quizás mucho más representativo de lo que su autor mismo quiere, de los modos expresivos peculiares de la sociedad española actual. Forzando un tanto la equivalencia pudiera muy bien establecerse un parangón entre la manía *chistosa*, de formas netamente burguesas, y el alarde de espiritualidad sucinta de que hace gala sin respiro ni descanso Ramón Gómez de la Serna. Salvada, naturalmente, la dignidad literaria.

Hay en el *Libro Nuevo* páginas como *El Tritón*—verdadero poema en prosa—o *Los maniqués*, cuyo lírico humorismo revela en Ramón Gómez de la Serna ese poder de imaginación creadora, característico del escritor nato. Las traducciones al francés, incluidas asimismo en esta antología—no otra cosa parece el *Libro Nuevo*—, muestran cuánto gana el estilo lento y forzado a la imitación expresiva de la insistencia cotidiana, con cierta depuración gramatical que en nada perjudica a la originalidad de la imagen poética.

Con muy buen sentido, ha insertado Gómez de la Serna entre sus greguerías varios artículos críticos españoles y extranjeros, que comentando y exaltando su personalidad literaria la explican y definen.

Menos nos gusta *El paseo del Prado*, divagación hartamente difusa, sembrada aquí y allá de preciosos atisbos líricos, graciosísimos apuntes humorísticos, curiosas notas informativas, presididas por la sombra vaga de Fígaro. ¿Qué hubiera perdido el libro, ingeniosamente ornado de grabados interesantes, con que su autor se tomara el trabajo de ordenar las notas allí dispersas?

La admiración que profesamos de antiguo a Ramón Gómez de la Serna nos mueven a hacer estos reparos a esas manifestaciones exageradas del culto a la originalidad en que pervierte tan excelentes disposiciones naturales y los mejores frutos de su ingenio.

C. R. C.

Alberto Masferrer. — *Pensamientos y Formas. Notas de Viaje.*—J. García Monge, editor. San José de Costa Rica, 1921.

De D. Alberto Masferrer, conocido literato salvadoreño, nos dice el prologo de este librito en sucinta introducción, que «fué en los comienzos de su carrera literaria escritor de mucha sonoridad y pompa. Diríase un árbol exuberante de florecencia. Después, ese árbol se ha cargado de frutos. No sacrifica ahora al matiz deslumbrante de la frase la esencia de la idea en sazón. Y así, si alguna vez su estilo se hace sencillo, como para hablar a los niños, se acendra de savia y resulta vigoroso de pensamiento.»

No es la primera vez que señalamos en estas notas a la atención del lector las excelentes ediciones que en San José de Costa Rica publica el Sr. García Monge, cuya orientación preside la saludable reacción que en la literatura americana más reciente se observa, respecto a las normas corrientes años

atrás. Efectivamente adviértese cierta afición a contener la exuberancia y entusiasmo exteriores en límites más asequibles al temple europeo. Son los *Pensamientos y Formas* del Sr. Masferrer a modo de impresiones, poemas cortos en prosa, reflexiones al vuelo, limpiamente escritos, serenamente inspirados en la realidad circunstancial de todos los días. Y nos atraen singularmente en el simpático volumen las *Notas de Viaje*, evocaciones de paisajes, tipos y costumbres centroamericanos, con que rara vez le es dado solazarse al lector que busque en la literatura trasatlántica una emoción, si no exenta de las preocupaciones europeas universales, cuando menos referidas a su influencia en el ambiente americano o a su contraste con los elementos atávicos característicos del Nuevo Mundo.

Aparte el interés puramente informativo o pintoresco de los artículos: *En Izaleo*, *En Alegría*, *Lamateper*, *Procesión del Santísimo*, hay páginas como las de *En Guatemala*, inspiradas por «Una caravana de indiecitos trotando por la Octava Avenida», verdaderamente poéticas y sugestivas.

Sería de desear que libritos como este de D. Alberto Masferrer adquirieran cierta difusión entre los lectores españoles, que por la falta de atención de los libreros a la literatura americana, viven tan ajenos a la realidad, desfigurada en fiestas de raza y otras mentiras fáciles.

C. R. C.

* * *

Dmitri Ivanovitch.—*La Ventana y otros poemas.*—Publicado por J. García Monge. San José de Costa Rica. C. A., 1921.

Dícenos de Dmitri Ivanovitch D. Manuel F. Cestero en las breves páginas con que lo presenta a los lectores de *La Ventana y otros poemas* que «es un corazón de niño dentro de un cuerpo de líneas fuertes que recuerdan los dorsos y los bíceps de los discóbolos helénicos. Amigo del pueblo, aprovecha todas las ocasiones para defenderlo de la tiranía capitalista», pero «cuando de versos trascendentales le hablan, de versos sociales, de literatura de tal o cual clase, protesta enérgicamente y dice en voz alta, que la poesía no tiene otro papel que llenar en el mundo que el de deshojarse, como una margarita, a los pies de las mujeres.» «Le gusta el cenáculo, detesta la asamblea, los congresos de todas clases y la manera como se devana actualmente la madeja de la vida. Despreocupado del mundo que le rodea, hace vida triste, alejado de todos; Dmitri no es sociable. La casaca, el cuello tieso, los chalecos rebajados, el corbatín blanco, los escaarpines no se han hecho para él.» Con todo, «no es un radical de los que se dan la mano con los nihilistas que aspiran a destruirlo todo; es un socialista de la escuela de Lenín en muchos de sus aspectos. Y no irá a Colombia, su patria, sino cuando allí impere un Gobierno comunista.» En cuanto a su filiación poética, no se han de buscar en los versos de Dmitri Ivanovitch preciosismo, satanismo o modernismo, que toda esta poesía (la de *La Ventana y otros poemas*) parece ajena por completo a ese gran movimiento de renovación poética que inició Rubén Darío en América y España.»

Para nuestro gusto, las poesías amatorias de que se compone este volumen,

quizá por su misma corrección atemperada a los preceptos literarios de los imitadores de los grandes románticos, adolecen de impersonalidad, y sobre todo, de inadaptación al medio ambiente universal, no tanto por voluntaria soledad del poeta, como por la compañía de espectros retóricos en que se complace.

C. R. C.

* * *

Césare Arroyo.—*Retablo.*—Figuras. Evocaciones, escenas.—Prólogo de Gonzalo Zaldumbide.—Biblioteca Ariel, Madrid.

Reúne en este volumen el Sr. Arroyo dos conferencias leídas en el Ateneo de Madrid, algunas crónicas circunstanciales publicadas en periódicos de América y dos bocetos dramáticos. Las páginas dedicadas al Romancero en América, al Poeta de la Independencia Americana, D. José Joaquín de Olmedo, al cervantista Montalvo, a Rodó y a Galdós, con motivo del descubrimiento de su estatua en el Retiro, vivo aún el novelista insigne, solicitan especialmente la atención del lector, luego contagiado de la juvenil cordialidad, el ferviente entusiasmo del autor por la unión espiritual hispanoamericana. Exaltado cantor de la lengua castellana cuya virtud une lo que tiempos y distancias separan, el Sr. Arroyo se complace sobre todo, en ejercitar con rara eficacia esa virtud del idioma para expresar en períodos amplios, altisonantes, rotundos, las excelencias de la patria ideal, común a americanos y españoles.

C. R. C.

* * *

Jorge Borrow.—*La Biblia en España.* Traducción directa del inglés por Manuel Azaña. Tres tomos. Colección Granada. Jiménez Fraud, editor.—Madrid.

Lector, si las páginas de muestra publicadas meses ha en LA PLUMA no te indujeron ya desde luego a comprar *La Biblia en España*, apresúrate a hacerlo ahora. Seguro estoy de que me has de agradecer el consejo. El libro que te recomiendo es, sin hipérbole, no sólo el mejor de cuantos han visto la luz en un año, pero en muchos, y sin duda también el más veraz y atinado de cuantos se han escrito nunca acerca de España y los españoles.

Suele ser tan rara la ocasión de recomendar sin distingos un libro nuevo, que no has de extrañar en ésta el tono ditirámico, que quizás al pronto pueda parecerte excesivo, con que solicito tu atención para el relato de los *Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de propagar por la Península las Sagradas Escrituras*. Vaya por delante en mi descargo, que no me mueve en modo alguno la menor concomitancia industrial con el dilecto editor que tan acertadamente ha escogido tan buena mercancía literaria que ofrecerte. Tengo entendido, por lo demás, que ya el público que cuenta corrobora mi opinión, apresurándose a comprar *La Biblia en España*, no obstante la poca difusión que le presta la escasez de la crítica en la Prensa, circunscrita esta vez hasta la

fecha a un estudio en extremo sugestivo y justo de D. Gabriel Alomar en «Los Lunes de *El Imparcial*», y a una glosa muy interesante de Eugenio D'Ors en *La Libertad*. Quéjense los editores de la desorientación que en el público se advierte, pese al incremento de la venta de libros en estos últimos años. Suya es la culpa en mucha parte, pues que son pocos los que se cuidan de enviar sus nuevas producciones a los periódicos y revistas, donde la publicidad mercantil ha sustituido por lo general a las recensiones en que el lector pudiera encontrar una guía fácil donde escoger. De ahí también la dificultad con que el informador literario tropieza para mostrarse imparcial en la relatividad de sus juicios.

La Biblia en España es ante todo, y esta virtud es la más recomendable en un libro, de los más entretenidos de cuantos le es dado leer al simple aficionado. Interesa y atrae como una novela, como una buena novela se entiende, en que la fuerza creadora del autor, lejos de falsear la verdad con deformaciones monstruosas por forzar la emoción, a ella se atiene estrictamente, extrayendo de los hechos toda su sustancia, con poner de relieve lo que esencialmente los caracteriza y define.

Se leen los tres repletos volúmenes de *La Biblia en España*, de un tirón, sin respiro ni fatiga, llevado de uno en otro curioso paso por la amenidad del relato, siempre vario y espléndidamente natural. Cerrado el libro, los sucesos que en él se cuentan, adquieren en el recuerdo tal consistencia, que luego no nos parece ya haberlos leído, sino visto, o cuando menos oídos contar. De lo que se infiere que de sus páginas emana esa simpatía que constituye la primera condición de la obra de arte en que se unen la invención del autor y la pasión del público.

Ahora bien, no depende ese interés inmediato que la lectura del libro de Borrow suscita, del relato desafortado de escenas en que se multipliquen las aventuras extraordinarias. En ese respecto, puede decirse que la primera impresión es precisamente contraria a la de una novela de Baroja, por ejemplo, en la cual el protagonista sufre y busca peripecias cuyo interés, en fuerza de acumular el autor acontecimientos desordenados, se pierde, apenas vuelta la página, en turbia confusión. Es decir, en términos vulgares, que los personajes de Baroja parecen siempre unos embusteros, mientras que *Don Forgito el Inglés* nos da idea de un hombre veraz por excelencia.

Por más que en la ligereza de esta gacetilla no se expliquen cumplidamente tales sugerencias, el lector advertirá en la lectura de *La Biblia en España* hasta qué punto es pertinente, y aun obligada, la comparación con los libros de aventuras novelescas que pretende hacer Baroja, no ya porque en ellos haya asomo de plagio o imitación de un libro como el de Borrow que quizás desconoce, sino precisamente por la *modernidad* de este, por la agudísima sensibilidad que lo caracteriza, pareja de la que remozó nuestro ambiente literario algunos años hace, con la *vuelta a la realidad* de los mejores españoles. Por eso, aun más que el parecido con la literatura de Baroja, sorprende agradabilísimamente en el libro de Borrow la semejanza con el mundo novelesco de Galdós. Hay escenas, como la de Quesada en la Puerta del Sol, cuando el motín de La Granja, o

LA PLUMA

las visitas de Borrow a Mendizábal, Istúriz y Alcalá Galiano, dignas de las más acabadas páginas de los *Episodios Nacionales*, tipos como la honrada María Díaz, o su marido el labrador de la Sagra, Baltasarito, la familia del recaudador de contribuciones, el gitano Antonio, el posadero de Córdoba, estatuas vivas de la misma cantera en que fueron tallados los seres que animan la serie magnífica de las *Novelas Contemporáneas*. Y hay alguno, como el alcaide de la cárcel de Corte en Madrid, sin par en la moderna literatura española.

Se observa, es cierto, que a Borrow le interesan muy poco los *monumentos*; no es un turista. Su condición de misionero le pone a cubierto del vicio *artístico* con que suelen ver España los extranjeros, y no pocos españoles a su zaga. Pero si las piedras rara vez le producen otra impresión que la simplemente admirativa, ¡qué penetración de mirada en cambio para contemplar las personas!, ¡qué humanísima comprensión la suya para ver a través de la fisonomía de un labriego, de la picardía de un gitano, de la doblez de un posadero, el carácter que lo personifica! Y sobre todo, ¡qué simpática perspicacia para descubrir en los acontecimientos que se suceden en su peregrinación la fuerza inconfundible de una raza augusta!

Claro que Borrow no es un misionero, sino un artista. Un artista que no se limita a escribir libros, ni que para escribirlos viaja, sino que *quiere vivir* al aire, al sol, andando por el mundo, sin más pasión que la de *comprender*. Se le ve vagar, vagabundear, por las páginas de su libro, no ya como simple espectador, ajeno a las personas y a los sucesos que le rodean, sino metido entre aquéllas y gozando éstos. Su humorismo, verdaderamente sano, sin recovecos ni reparos, es lo que le diferencia y le eleva de cuanto hay en derredor suyo.

No es, pues, *La Biblia en España* un libro *pintoresco*. Es, repetimos, el mejor acerca de los españoles y el país en que vivimos. La emoción que los panoramas castellanos, andaluces y gallegos le producen, la sincerísima visión de los paisajes por donde cruza caballero, el franco afecto con que se decide por la gente del pueblo, el desprecio con que mira a las clases superiores (?) de la sociedad española, le han servido no ya para escribir un buen libro de viajes, sino para cifrar en una pintura acabada el juicio sereno, verdaderamente filosófico de la Península y sus *extraordinarios* habitantes, cuyo carácter preside la *gravedad*.

Apenas atraviesa el viajero la raya de España viniendo de Portugal, parece como que le capta la naturaleza con su fuerza encantadora, inspirándole el relato de Badajoz a Madrid, por Mérida y Talavera, sin duda uno de los pasajes más hermosos del libro. Y en su compañía va tras él desde entonces el lector, sensible al estupendo trasunto de la realidad que con la relación de sus andanzas le ofrece *Don Jorgito el Inglés*. Tan *verdadero* es el libro que hoy, con los ochenta años transcurridos desde su publicación en Inglaterra, tiene, aparte la novedad de su primera traducción en español, un interés de actualidad, porque los sucesos que en él se cuentan atañen, no a lo circunstancial, sino a lo *característico*, a lo fundamental de España.

Por añadidura, la versión castellana de *La Biblia en España* es modelo de traducciones. Fuera hipocresía que, a cuenta de mi compañerismo con el tra-

ductor, disimulase la excelencia de su obra. No creo que la razón de amistad obligue al mentido recato con que suele disculparse ante el público la obra del amigo. Estimo, por el contrario, que las buenas cualidades de las personas a quien nos une amistad son precisamente las que justifican nuestras preferencias en el trato humano, y la proclamación del mérito de sus obras deber, y no condescendencia benévola. La traducción de *La Biblia en España* es, repetimos, modelo de ellas, pareja, en punto a limpieza de léxico, a naturalización española de la sintaxis expresiva de un pensamiento extranjero, de las ya clásicas de Moratín y superior a ellas en fidelidad al original. En estos tiempos donde toda confusión literaria tiene su asiento en tantas teorías barrocas, es la versión castellana de *La Biblia en España* un ejemplo de claridad y de buen gusto en que el lector no advierte, por la amenidad del estilo, la lección provechosa.

C. R. C.

* * *

Libros recibidos.—Antonio Battistella: *La Republica di Venezia ne'suoi undici secoli di storia*. Venecia MDCCCXXI.—Regino E. Boti: *Arabescos mentales*. Barcelona, 1913.

Revistas.—*Mercure de France*, París.—*L'Europe Nouvelle*, París.—*Le Progrés Civique*, París.—*La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Epoque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles-Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Arquitectura*, Madrid.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesia ed arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L' Art Libre*, Bruselas.—*Vida*, La Coruña.

GACETILLA

Sarah en Yuste y el burgalés de pró.—Brillante estuvo el Ateneo la tarde del ensayo general de la fiesta con que se celebrará el primer centenario del natalicio de Sarah Bernardht. Desde que el mariscal Joffre vino, en viaje de instrucción, a oír de labios autorizados la explicación auténtica de la batalla del Marne, no habíamos hallado regalo igual en la sala del Ateneo. Ciertamente esta vez faltaba el Sr. Altamira, porque no se iba a estrechar lazos, última vocación «*du plus grand historien de l'Espagne*», como le dicen en los banquetes fraternales allende el Pirineo; pero asistió un ministro, que es cosa importante, aunque fuese un ministro de pueblo y atarugado, con más algunas sumidades cortesanas, y un enjambre de cómicas y de cómicos que revoloteaban en torno de Sarah exhalando gritos discordes reveladores de su emoción: «¡Yo soy la Crehuet! ¡Yo soy Meana! ¡Yo fui Medrano...!» Vista de lejos en su sillón, sobre el estrado, Sarah recordaba bastante a la Doña Inés de Castro con-

LA PLUMA

servada, ignórase con qué pretexto, en el Museo Moderno. Cuando la mutilada venerable vió adelantarse con paso vacilante al Conde de Romanones, la gratitud inundó su pecho: creyó que el homenaje consintia en un remedo, que hubiese sido una adulación: *Oh! quelle delicatessen!*—dicen que murmuró—. *Oh! L'Espagne! Quel pays chevaleresque et courtois!* Se atribuye al efecto adormecedor de esta primera impresión agradable, la serenidad risueña con que aguantó las admoniciones, exorcismos e improperios de aquella tarde: casi todos la regañaron mucho; parecía que estaban reconviniéndola por sus pecados, y exhortándola al arrepentimiento; parecía que estaban recomendándole el alma. Y ella, dulcemente empedernida, escuchaba sonriente y sin hacerles caso. Azorín, a pesar del acento áspero, entrecortado y conminatorio que gasta para leer, no hizo mella en su ánimo. Por lo que fué menester apelar a los grandes medios: avanzó un hombre cejijunto, y blandiendo un papel ante las propias narices de Sarah, profería con voz estentórea:

—¡Señora! ¡Yo soy de Burgos...!

Y se callaba para observar el efecto de sus palabras.

—¡Señora! ¡Yo soy de Burgos...!

(Nada. No pasaba nada. El ser de Burgos, ¿tiene algo de particular?)

—¡Señora!, ¡soy de Burgos, de la vieja tierra de Burgos!—repetía en vano.

(¿Sería Martín Antolínez, el burgalés natural? No. ¡Era un hombre enviado por el Gobierno, que se llamaba Aparicio!) La resistencia de Sarah pudo más: y lo que iba tomando un giro amenazador acabó en general algazara; el público fué el último que se rió.

Rodeada de personajes, Sarah recorría en parihuelas el pasillo en busca de la calle, y al mirar distraídamente las filas de retratos, se pasó la mano por la frente y como quien recobra el sentido preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En el Ateneo.

—¿Y eso que es?

Uno de los personajes presentes se palpó la nariz con suavidad, en demanda de una idea, y exclamó:

—Es la Holanda del pensamiento en España.

—¡¡*Tiens!!!*

Y el burgalés de pró, ansioso de instruirse, preguntaba: ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho: ¡¡Ten...!!

FIN DEL VOLUMEN II

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

Redactores: MANUEL AZAÑA, C. RIVAS CHERIF.

Se publica mensualmente en Madrid en fascículos de 64 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

SEIS números, 9 pesetas. :- DOCE números, 18 pesetas.
Ejemplar suelto, DOS PESETAS.

Suscripciones a

MANUEL AZAÑA, HERMOSILLA, 24 DUPLICADO.—MADRID

Concesionario exclusivo para la venta:

SOCIÉDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

EDICIONES DE LA PLUMA

SERIE 1

(NOVELAS CORTAS Y CUENTOS)

PUBLICADOS: I. EDUARDO MARQUINA: Agua en cisterna.—II. GERARD DE NERVAL: Silvia. (Traducción de C. Rivas Cherif).—III y IV. F. SCHLEGEL: Lucinda. (Traducción de J. Moreno Villa).

EN PRENSA: V. L. FERNANDEZ ARDAVIN: El hijo.—V. VÍCTOR CATALA: La madre ballena.

EN PREPARACIÓN: C. RIVAS CHERIF: Un camarada más.—RAMÓN M.^a TENREIRO: El loco amor.—LUIS Y AGUSTÍN MILLARES: Cuentos.

CADA TOMO DOS PESETAS

IMPRESA ARTÍSTICA
DE SÁEZ HERMANOS
CALLE DEL NORTE, XXI
MADRID
MCMXXI



Precio: dos pesetas.